

Miguel Romero

## ¿Adiós a la revolución?

[VIENTO SUR nº 1. Enero 1992]

*“Cuando yo uso una palabra –dijo Humpty Dumpty en un tono más bien desdeñoso– esa palabra significa exactamente lo que yo quiero que signifique. Ni más ni menos. La cuestión está –dijo Alicia– en si usted puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes. La cuestión está –dijo Humpty Dumpty– en quien es el que manda. Eso es todo”.*

Lewis Carroll. *A través del espejo y lo que Alicia encontró al otro lado.*

El presidente Bush afirma que es ahora cuando existe de verdad una “revolución” en Nicaragua y Lech Walesa considera que su política pretende realizar una “revolución” en Polonia. La derecha inició hace unos años, en el momento cumbre del reaganismo y su “revolución conservadora”, una batalla de conquista para apropiarse de la palabra “revolución” y parece que la ha ganado. Hoy “revolución” tiene en el lenguaje habitual, el que crean y difunden los medios de comunicación de masas, múltiples significados tan positivos como banales. En realidad, sólo admite un sentido negativo, precisamente el que había adquirido después de una larguísima historia de luchas y esperanzas populares: la destrucción de un poder de Estado por “los de abajo” y la construcción de un nuevo poder alternativo al sistema capitalista. En este sentido, Humpty Dumpty ha decidido que “revolución” es sinónimo de desvío del camino de la modernidad –ruta segura y única de progreso– y caída en el atraso y el totalitarismo. Así la ideología del sistema difunde que esa “revolución” es indeseable, a la vez que la fuerza del sistema impone, como un axioma, que es imposible.

Una crisis de credibilidad. Voces respetables del campo revolucionario no están contribuyendo a aclarar las cosas. Es lo menos que puede decirse cuando el veterano dirigente sandinista Víctor Tirado, que anunció tras la derrota electoral del sandinismo en 1990, *“el final del ciclo de las revoluciones antimperialistas”*, afirma ahora en un artículo llamado *“Identidades y revolución”* escrito en vísperas del Congreso del FSLN: *“Incluso Japón se ha convertido en un país revolucionario, porque ha transformado toda la ciencia y la técnica desde el punto de vista económico; eso es revolucionario, porque está transformando la economía constantemente”*. Más recientemente, Joaquín Villalobos ha dicho que los acuerdos de paz firmados recientemente por el FMLN, constituyen: *“la primera revolución sin contras, la primera que no divide sino une, la primera que cuenta con el consenso de los Estados Unidos y posiblemente con su respaldo”*. Y ha añadido: *“Hemos obtenido los cambios que llevaron al FMLN a alzarse”*.

De la confusión de las palabras pasamos así a la confusión de las ideas. Y no estamos, desde luego, ante un problema que exista solamente en Latinoamérica. Las preguntas que allí se hacen nos afectan y ya es palpable la influencia de esos debates en los que apuntan aquí.

Este artículo se plantea algunas de esas preguntas: las que más tienen que ver con el sentido actual para la gente revolucionaria de la palabra “revolución”. Más precisamente, el problema que me planteo es si “revolución”, aquí y ahora, sólo puede significar un conjunto de ideales o si tiene que ser entendida también, en cualquier etapa de la construcción de una organización revolucionaria, como una tarea, un proyecto abierto integrado en una práctica militante, que se va elaborando, se discute, se reflexiona, se modifica, se trabaja regularmente.

No están los tiempos para las grandes respuestas globales, y menos en este terreno. Voy a tratar estos problemas siguiendo un buen consejo de Benjamin: buscando indicios, pistas aquí y allá que puedan servir para continuar la búsqueda.

Pérdida de referentes. Por grandes que sean los desacuerdos que se tengan con las ideas de Tirado o Villalobos, no sería justo, ni serio, tratarlas como expresión de “traiciones”, “degeneraciones” u otros epítetos propios de las tradiciones dogmáticas de debate. Por el contrario, creo que estas ideas deben situarse dentro de lo que puede llamarse “crisis de credibilidad de las alternativas revolucionarias anticapitalistas”. Esta crisis no es un fenómeno reciente, sobre todo en Occidente, pero se ha agudizado desde 1990, a partir no de grandes debates ideológicos, sino de dos experiencias de características muy diferentes y que, por ello mismo, se han realimentado, produciendo conjuntamente un efecto arrasador: la derrota electoral del FSLN y los acontecimientos del Este.

Desde un punto de vista objetivo, la caída de llamado “campo socialista” está teniendo consecuencias muy grandes; es obvio que las relaciones de fuerzas

internacionales se han modificado en beneficio del imperialismo y que en los graves desequilibrios que caracterizan la escena internacional no despuntan por ahora, ni lo harán probablemente a medio plazo, movimientos significativos “hacia la izquierda”. Pero respecto al tema que nos ocupa, estos efectos objetivos tienen un alcance limitado. En la mayoría de los países del mundo, y desde luego en Occidente, la falta de credibilidad de una alternativa revolucionaria tiene muy poco que ver con las nuevas relaciones de fuerzas que existen a escala internacional. La existencia del “campo socialista” no contribuía en nada a crear posibilidades de victorias revolucionarias (ni siquiera ilusiones, a una escala significativa) en Brasil, en la India, en Marruecos, en el Estado español, incluso en El Salvador (no es éste el lugar para recordar, por el contrario, las numerosas derrotas revolucionarias determinadas por la acción o la omisión de dicho “campo”). En este terreno, los efectos verdaderamente graves que podemos constatar se concentran en la situación cubana.

Pero en realidad, los problemas decisivos son de carácter subjetivo: es decir, cómo han afectado estos acontecimientos a las ideas, a la conciencia, a las esperanzas de las organizaciones revolucionarias y los pueblos. Una primera cuestión importante en este terreno es la pérdida de referentes. Aquí hay que dar toda su importancia a los efectos internacionales de la experiencia nicaragüense.

Salvador Allende había resumido las contradicciones de la Unidad Popular chilena diciendo: “Tenemos el gobierno, pero no tenemos el poder”. La derrota de septiembre de 1973 reafirmó o descubrió a sectores muy amplios del movimiento revolucionario internacional una idea muy simple pero de importancia capital: para hacer la revolución, hay que destruir el aparato de Estado enemigo y tomar el poder. La victoria sandinista en julio de 1979 apareció en cierto modo como la confirmación de esta idea. Por el contrario, la dura experiencia posterior y particularmente la derrota electoral de 1990 han mostrado que los problemas del poder y la revolución son mucho más complejos de lo que había podido imaginarse. La presión imperialista puede asfixiar al régimen revolucionario (es posible “tener el poder pero no la capacidad de gobernar, de aplicar el propio programa de gobierno”). En este contexto, puede además producirse un alejamiento entre el poder y el pueblo. La consecuencia es la extensión de las dudas no ya sobre la posibilidad, sino sobre la utilidad de la revolución.

El segundo referente perdido tiene como base la crisis del Este y es más complejo. Se han desarrollado crisis culturales (es decir, del conjunto de ideas y referencias –teóricas, históricas, estratégicas, simbólicas– que permiten identificarse y comunicarse) en todas las corrientes que de un modo u otro tenían como origen la revolución de Octubre. Por supuesto, cada corriente tiene su propia crisis y poco tiene que ver la del PCE con la de la Cuarta Internacional, pongamos por caso. Pero crisis hay en todas y afecta precisamente

al “conjunto de ideas y referencias”, a su interrelación, aunque no necesariamente a todas y cada una de esas ideas. Precisamente el problema más difícil que se plantea en estas situaciones es cómo separar lo que debe ser conservado de lo que es necesario abandonar.

Porque una crisis de esta naturaleza empuja a la ruptura, a desprenderse del pasado, a partir de cero. Ésta no me parece una conclusión razonable ni desde un punto de vista moral, ni desde un punto de vista práctico. El compromiso con la generaciones que lucharon y fueron vencidas, mas allá de sus ideologías, me parece una fuente de fuerza moral insustituible. Y en la medida que las necesarias tareas de rompimiento con las herencias inútiles se vayan combinando con tareas constructivas respecto al proyecto revolucionario (y quizás va siendo ahora de ponerse a trabajar en este terreno), será necesario emprender un diálogo “afectuoso y paciente” con el pasado. Algo de eso haremos un poco más adelante.

Pero en cualquier caso, ahora vivimos en plena crisis, con el vértigo y la ansiedad consiguientes, especialmente cuando se tiene conciencia de que situaciones como éstas sólo pueden superarse a largo plazo, a través de procesos de convergencia y contradicción, ligados a grandes experiencias sociales que aún no podemos ni imaginar.

Poder y revolución. En este contexto, dos de los argumentos más utilizados en los debates plantean problemas de especial interés: las críticas a una concepción del poder “estatalista”, que se considera tradicional en el marxismo; las críticas a lo que se llama una concepción “puntual” de la revolución, en nombre de un conjunto prolongado de cambios de diversa naturaleza.

Existe una mala conciencia “estatalista” en buena parte, y no la peor parte, de la gente revolucionaria que ha sido, o es marxista. No faltan buenas razones y experiencias traumáticas para ello. Hay una cierta fiebre libertaria; ojalá sirva para la reflexión crítica y no se quede en una moda. Dicho esto, la mala conciencia lleva, a veces, a asumir más críticas de las razonables, lo cual en este caso contribuiría a aumentar la confusión. Porque con la expresión “estatalismo” se pueden hacer críticas de contenido muy diferentes, que no vale meter en el mismo saco.

Por ejemplo, una de las versiones más extendidas llama “estatalismo” a considerar la destrucción del Estado burgués como una tarea central revolucionaria. Esta crítica me parece inaceptable. Para hacer una revolución hay que destruir el Estado antagonista: ésta es una vieja idea revolucionaria confirmada en positivo y en negativo, ciertamente más en negativo que en positivo, sin excepciones. Esta idea no quiere decir más que lo que dice: establece una tarea necesaria; no da normas sobre cómo debería ser realizada. Pero esa tarea es un “acto” concentrado en el tiempo y que tiene objetivos precisos que no pueden alcanzarse de otro modo; dicho de otra manera, el abandono de esta tarea va unido habitualmente a un cambio de objetivos.

Así, es significativo que alguien como Joaquín Villalobos haga ahora afirmaciones como las siguientes:

Antes el concepto de revolución tenía una fecha y un símbolo. El asalto al poder, la toma del palacio y la resolución inmediata y mecánica de todos los problemas. Esto condujo a la configuración de dictaduras que negaron la libertad a título de resolver el problema económico. El eje de una revolución es el problema político. El cómo se configura el equilibrio de poder, cómo se establecen las reglas de poder permanente en la sociedad y, a partir de ahí, el definir los espacios con los que se va a contar para las transformaciones en el plano económico social que es la otra parte de la revolución ...

Es significativo también que la corriente del PT “*Un proyecto para Brasil*”, hasta ahora muy alejada ideológicamente de lo que Villalobos representa, afirme cosas muy parecidas, aunque en una versión más sofisticada:

La revolución no se constituye esencialmente como un acto de ruptura, sino como un proceso de cambios capaz de hacer viable la construcción progresiva de nuestra utopía concreta. Esta posición se contrapone a todas las concepciones que consideran la revolución como un episodio político explosivo concentrado en un momento de desmantelamiento del orden existente, planteando la construcción de la sociedad socialista a partir de la pretendida institución de un ‘nuevo’ Estado que emergería de una confrontación espectacular entre las fuerzas revolucionarias y las fuerzas del gran capital. (Rechazamos) esta concepción de la revolución inspirada en patrones militares de confrontación, por ser irrealizable en las condiciones actuales y, aunque fuera realizable, ser inadecuada para el resultado pretendido por ser antidemocrática e incapaz de contar con la participación activa de la mayoría de la sociedad en su realización.

Ambas opiniones coinciden en rechazar la tarea de destrucción del Estado burgués (porque eso es lo que se discute: las referencias al “*momento*”, “*símbolo*”, “*explosión*”, “*solución inmediata*” ... son argucias polémicas) en nombre de otras vías que se definen también como revolucionarias. Pero hay claramente un cambio de objetivos: Villalobos propone un tipo de Estado de consenso muy próximo a la ideología socialdemócrata. Por su parte, los compañeros brasileños explican su idea del “proceso de cambios” de la siguiente manera: “*la lucha por la realización de una sociedad socialista tiene una dimensión positiva, constructiva, a la vez organizadora de una nueva institucionalidad y reorganizadora de la vieja institucionalidad*”. La desaparición del antagonismo entre vieja y nueva “*institucionalidad*” da a esta propuesta características de reforma del Estado brasileño.

Socializar la revolución. Son más pertinentes, en mi opinión, las críticas basadas en una segunda variante del “estatalismo”: la reducción de los problemas de la revolución a la toma del poder de Estado y a su ejercicio por la vanguardia revolucionaria desde los nuevos aparatos de Estado; por consiguiente, la subvaloración del papel de los movimientos sociales y sus organizaciones en la lucha por el poder y en la práctica del poder revolucionario.

Todas las revoluciones contemporáneas que consiguieron triunfar pueden ser criticadas, con razón, en este sentido. Por supuesto cada revolución necesita un análisis concreto para comprender por qué y en qué medida se han desarrollado fenómenos de este tipo. Pero un problema tan general puede tener raíces en la propia teoría. Tiene con seguridad mucho interés estudiarlas, pero creo más útil ahora plantear el problema desde un punto de vista constructivo.

Creo que era Ernst Bloch el que solía decir que dentro del marxismo había un alma “fría” y un alma “caliente”. Más en general, dentro del pensamiento revolucionario hay un alma “estatalista”, “autoritaria” y un alma autogestionaria, libertaria. Digo en general porque sería una simplificación enormemente injusta interpretar esta división con los criterios de ruptura de la la Internacional: por poner un ejemplo, en Marx, en Lenin o en Trotsky pueden encontrarse las dos “almas”. Y fuera de las corrientes marxistas hay mucho que aprender en este terreno.

Después de las experiencias vividas de las victorias y derrotas revolucionarias, creo que hay que pensar la revolución desde el punto de vista “caliente” de la autogestión, de la autoorganización. Hay que socializar la revolución. Concebirla como una tarea de una mayoría social plural, altamente organizada y consciente de sus objetivos. No creo que pueda imaginarse otra fuerza capaz de enfrentarse con éxito al Estado burgués moderno, especialmente en los países desarrollados.

Desde este punto de vista, tiene interés volver a reflexionar sobre la conocida metáfora de Gramsci según la cual el Estado en Occidente es solamente “una trinchera avanzada” tras de la cual se encuentra una cadena sólida de “fortificaciones y casamatas” que organizan la sociedad civil. Habitualmente esta idea ha sido interpretada, sobre todo por los PC en la segunda mitad de los años 70, en sentido reformista, es decir, institucional: las “casamatas” se reducían finalmente en la práctica a las instituciones representativas y organismos para-estatales (empresas públicas, órganos consultivos ...) que la izquierda debería tratar de ocupar para luchar por la hegemonía. Conocemos bien cómo ha terminado esta historia.

Pero hay otra lectura posible (más o menos fiel a Gramsci, no es ésta la cuestión): el movimiento revolucionario tendría que contar con sus propias “fortificaciones y casamatas” en la sociedad, con una red de organizaciones sociales, independientes del Estado, democráticas, autónomas, en las que pueda crearse una voluntad de convergencia y un consenso sobre un proyecto revo-

lucionario. Dentro de esta orientación, cabe plantearse la política respecto a las instituciones del Estado de un modo útil para el proyecto revolucionario.

Conquistar y defender la independencia de los movimientos sociales respecto al Estado, extender la conciencia de que se trata de una institución hostil a los intereses populares, incluso cuando existe un régimen parlamentario, es una tarea del máximo valor, que justificaría por sí sola la necesidad de una organización revolucionaria. Es una tarea difícil porque en ella existe una división muy aguda entre reformistas y revolucionarios. Y es, en fin, una tarea muy compleja porque no puede resolverse con la propaganda, la crítica teórica, etc., sino sólo en la experiencia práctica. Y esta experiencia no se realiza entre dos campos separados, trinchera contra trinchera, sino en sociedades en las que el Poder penetra por todos sus poros y, por ello, la orientación de los movimientos sociales respecto a él es un problema permanente y decisivo.

En otro lugar de esta revista, Joao Machado dice que: “*Hay que desestatizar la política*”. Es un buen criterio para la organización de una sociedad revolucionaria, pero vale también para trabajar incluso en una época tan poca revolucionaria como la que vivimos.

Se trataría de que los movimientos sociales y sus organizaciones trabajaran horizontalmente: hacia abajo, echando raíces en la sociedad; hacia los lados, desarrollando la solidaridad, la convergencia, la visión global de los problemas sociales. Porque desde esta base se puede echar una mirada subversiva hacia arriba (y realizar el trabajo que se considere conveniente en, o respecto a las instituciones, del Estado) evitando el deslumbramiento o la absorción que tantas veces golpea a los movimientos populares en sus relaciones con el poder.

Estamos en tiempos convulsos. Como tantas otras veces en la historia podría decirse aquello de “lo viejo no termina de morir y lo nuevo no consigue nacer”. Reina el tiempo “homogéneo y vacío” de la historia terminada, en el que nada revolucionario parece posible. Pero tiene que ser posible.

En esta esperanza activa, vigilante, atenta al presente, al momento en que puede saltar o desarrollarse la lucha está, creo yo, la vitalidad de quienes no decimos “adiós” a la revolución, sino esperamos tozudamente darle la bienvenida.

**Miguel Romero** es editor de *VIENTO SUR*. Es militante de Izquierda Anticapitalista.

[Este artículo se publicó en el número 1 de *VIENTO SUR*, en enero de 1992. He suprimido dos expresiones desactualizadas].